

va llegarán a nuestro país de forma irregular e incompleta, oportuna porque en los últimos años parece haber surgido un nuevo público amante del género que ha tenido hasta ahora muy difícil acceso a las grandes obras de este tipo de literatura.

«El séptimo círculo» fue creada en 1945 por George Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. Ambas esferas han cultivado el género policiaco en diversas ocasiones. Con el anonimato común de H. Buenos Democra publicaron, en 1942, Seis problemas para don Isidoro Parodi, considerado como el mejor libro de relatos detectivescos escrito en lengua castellana. Borges, por su parte, ha incluido en Ficciones un par de cuentos policíacos y Bioy Casares, con el seudónimo de B. Saiter Lynch, también ha escrito novelas detectivescas, una de ellas, Los que aman, odian, en colaboración con Silvia Ocampo.

Una colección de tan dilatada existencia ha tenido, inevitablemente, baches en su calidad media; el peor de ellos es desde que Borges y Bioy abandonaron la colección, hasta que se hizo cargo de ella su actual director, Carlos V. Yribe. De cualquier modo, «El séptimo círculo» ha sido la única colección coherente publicada en castellano, que ha acogido desde los precursores del género —Dickens, Wilkie Collins— hasta los «clásicos», como Dickson Carr, Blake Berkeley o Caspary, sin olvidarse de la «serie negra», ahora tan de moda.

Su inclinación hacia los autores anglosajones ha sido quizá el aspecto que más se ha criticado de «El séptimo círculo». Inclinación en parte justificada, dada la escasa producción de calidad existente en los países latinos. También, en la etapa posterior a Borges y Bioy, se apreció un descenso en la calidad de las traducciones, defecto este que se de esperar se tenga en cuenta para la reedición.

En los hasta el momento siete volúmenes aparecidos en la edición española están presentes dos «clásicos», como John Dickson Carr y James M. Cain. El primero nos ofrece en Las gatas negras un excelente ejemplo de cómo rizar el rizo en el tradicional crimen imposible, que sólo su personaje (Claydon Fall) puede resolver. En cuanto a Cain, su obra más famosa, El cristero llama dos veces, es suficientemente conocida a través de las distintas versiones cinematográficas que se han hecho de ella.

James Hadley Chase, uno de los representantes de la «escuela dura» norteamericana, creada por Hammett, nos presenta en Fruto prohibido una notable novela de «suspense». En la misma línea es de destacar La joven desaparecida, de Hillary Waugh, donde la acción adquiere su ritmo casi cinematográfico. Rosa McDonald es uno de los imitadores de Raymond Chandler; su detective, Lew Archer, está claramente inspirado en el Marlowe de Chandler, hasta el título de su novela, La mirada del águila, nos recuerda el de una obra de Chandler recientemente editada en castellano. Continúa también de la *hard-boiled novel*, o «novela negra», McDonald se está convirtiendo en una de las primeras firmas del género. En cambio, su esposa, Margaret Millar, es responsable del título más flojo de la serie, Pagarás con malicia, que, a mi entender, no debería haberse seleccionado. Por último, Veredicto de doce, del periodista británico Raymond Postgate, es una excelente novela de «jurados», con gran profundización psicológica en los caracteres de los personajes. Postgate se ha convertido en un «clásico» con una sola obra.

Hasta el momento, el balance es más que positivo. El éxito comercial parece asegurado, dado la rapidez con que han desaparecido de las librerías casi todos los volúmenes. Si la selección de títulos continúa

siendo figurada, se vigilan las traducciones y se van incorporando autores actuales al catálogo. El treinta aniversario de «El séptimo círculo» coincidirá con una nueva etapa de vigencia de la serie, quizá tan larga como la precedente. ■ JUAN GONZALEZ YUSTE

## Dos libros de Kandinsky

«A comienzos de la guerra mundial pasó tres meses en Goldach, a orillas del lago Constanza, dedicando ese tiempo casi exclusivamente a sistematizar mis ideas y realizar las experiencias prácticas correspondientes. De ello resultó un material teórico bastante abundante», escribía Kandinsky en 1926, en su «advertencia» a la edición alemana de Punto y línea sobre el plano, título de uno de los dos libros teóricos de Kandinsky editados en España. El otro es De lo

espiritual en el arte (1).

Parece, ahora oportuno referirse a ellos con motivo de la exposición de «gouaches», acuarelas y dibujos del artista presentados en la galería madrileña Juana Mordó. De esta exposición da cuenta páginas más atrás nuestro entrañable compañero José María Moreno Galván, y por ello, aquí vamos a limitarnos a dar noticia, y no más, de estos dos libros, al alcance del lector español.

Kandinsky escribió De lo espiritual en el arte hacia 1910, ocho años después de abrir su primera escuela en Múnich. Esta vocación teórico-didáctica no le abandonaría en muchos años. Más tarde colaboró en la creación del grupo Der Blaue Reiter, junto a Franz Marc y Paul Klee, jugando un importante papel en el nacimiento y asentamiento

(1) Punto y línea sobre el plano, Barral Editores-Libros de Enlace, 1971. De lo espiritual en el arte, Barral Editores-Libros de Enlace, 1972.

del abstractismo. Ejerció también la enseñanza en la Rusia soviética, donde fue miembro del Colegio Artístico del Comisariado del Pueblo. Luego profesara en la Bauhaus, llamado por Walter Gropius, y en este tiempo aparece Punto y línea sobre el plano.

Acerca del primero de sus libros (De lo espiritual en el arte) escribió el autor que se propuso «despertar la capacidad de captar lo espiritual en las cosas materiales y abstractas, capacidad absolutamente necesaria en el futuro, que hace posibles innumerable experiencias». Su primera parte —Notas generales— es una especie de itinerario histórico interpretativo del arte que comienza con una radical afirmación de contemporaneidad.

««Todas obras de arte es hija de su tiempo, muchas veces es madre de nuestros sentimientos. De la misma forma, cada período de la cultura produce un arte propio que no puede repetirse. El intento de

revivir principios artísticos pasados puede producir a lo sumo obras de arte que son como un niño muerto antes de nacer». Al final de la primera parte ofrece un certero y profético juicio del entonces joven Picasso: «Guido siempre por los imperativos de la autoexpresión, a veces arrastrado por ellos violentamente. Picasso se lanza de un medio exterior al otro. Cuando entre estos se abre un abismo, Picasso, con un salto increíble, se sitúa en el otro lado, ante el horror de la estéril numerosa de sus seguidores, que casi habían logrado alcanzarlo y ahora tienen que resudar las trabajosas sudadas y bajadas». La segunda parte —«La pintura»— es propiamente una teoría de los colores.

Punto y línea sobre el plano, verdadero tratado analítico de lo expresado en su título, es en cierta manera una continuación orgánica de la última parte de Lo espiritual... en cuanto que su tema se cibe al continente y austerato de los colores. Verdadero manual ilustrado, es una completa guía para la mejor inteligencia de exposiciones que, como la citada al principio, pueden aparecer para algunos sólo como un pasto más para el habitual paparatismo. Su sentido de manual es perceptible ya desde su simple estructuración formal en capítulos y apartados, en el gran aparato de notas, en el centenar de figuras explicativas y en el extenso apéndice gráfico con ilustraciones comentadas. Aunque aquí haya a veces algún apunte de extraña filosofía, como en De lo espiritual... y hasta ramisiosos de otras ciencias más o menos humanas, prevalece siempre el didáctico y metódico tono de apunte de clase. Claramente que la clase pertenecía nada menos que a la Bauhaus. ■ V. M. B.

## Las lecciones de Jerry Lewis

Aun existen suficientes críticos que consideran el humor como

